

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 23 DE DICIEMBRE DE 1923

NÚM. 20.248

## LOS MAGOS CAMINANTES

I

### La estrella y la cumbre

Todo el cielo parecía creado para la estrella recién florecida al amor del signo de Piscis. Palpitaba con una escintilación fría y magnífica, como una enorme gota destilada de todas las riquezas de Persépolis. Tenía la dulce blancura de la llama de Venus, y, como Venus, se mostraba en la gloria de la tarde; exhalaba el esplendor de Júpiter; facetaba con la luz de Marte, roja como un corazón, y le circulaban los fuegos azules de Saturno.

¿No era el prodigio prometido por el libro de Seth, cuyas páginas fueron selladas por los dedos de Dios?

Y los tres hombres que guardaban el ara de la cumbre y vigilaban los silenciosos caminos del firmamento, palidecieron y sollozaron de felicidad. Magos de la casta perfecta. Carne virgen consagrada a la sabiduría y al dios Ahuramazda que trae vestiduras de sol, y de noche se desnuda y se le llena el pecho de un rocío de luces. Magos sin pecado en su sangre, sin impureza ni en los alimentos de legumbres y frutas intactas. Tienen siempre las ramas de ciprés para encender la pira aromática; se vendan la boca con las bridas de la mitra

para que su respiración no toque las ascuas; su túnica es del lino más cándido, y su cingulo y su esclavina, de armiños immaculados. Como los Yazatas que proceden de la divinidad, «tienen el mismo pensamiento, la misma palabra, la misma acción». Unanimidad trina y una. Desconocen las crueldades de los magos de ruines estirpes, sus sortilegios, su taumaturgia, sus codicias, sus deleites. Dicen la verdad cosechada de los campos del cielo y recogida de la contemplación de su propia conciencia. Dan su consejo como los niños su sonrisa y la fuente su agua. Cuando el gran rey les convoca, se les humillan las escudras de los Inmortales, los arqueros de ropas de oro con margaritas azules, de turbante verde, las barbas de rizos unidos, las orejas y la nariz enjovadas, las piernas hundidas en las altas botas de cuero amarillo, el arco con espirales dorados en su hombro, y en la diestra la pica terrible con el cuento esférico de plata.

Pertenecen a los escogidos que rodean al sumo sacerdote de los magos, el «athravan» cuya voz paraliza de espanto a los demonios, los ameshapentas y los devas, los que encienden las ideas de maldad, el fuego que destruye, la arrogancia y la sed, y traen el hambre, la tristeza, el fraude, el homicidio, la

decrepitud, la esterilidad, la podredumbre. Nunca morderán la sombra de los magos puros que han penetrado en todas las significaciones del Avesta, el código que recibió Zoroastro de las manos de Dios, y saben todos sus preceptos que están escritos en nil pieles de buey.

Los tres sacerdotes han atendido las palabras distantes de los profetas y el afán de todas las gentes. De una raza enjuta, dolorida y cautiva que se revolcaba en Babilonia, se alzó Daniel, que desató los enigmas de los sueños de los príncipes asirios y gobernó toda la Media al lado de Darío. Daniel exaltaba las esperanzas mesiánicas de sus hermanos, y sus descendientes, que criaron familia en las riberas del Tigris, todavía sonríen con amargura y tienden los brazos hacia el país de Israel, repitiendo la promesa de Balaam: «Le veré, pero no ahora. Le contemplo, pero no de cerca. Una estrella se alzarán de Jacob.» «No es la estrella que todas las profecías adivinan para el término del año de Dios, el año profundo que contiene cuatro mil trescientos años de luna; la estrella que anuncia al caudillo, al príncipe de la felicidad, que quitará el dolor seco y la vejez torva del alma y de la carne, glorificándolas con la alegría de una juventud buena? Y, de pronto,

se les aparece la estrella. Tiembla encendida, con tan fuerte hermosura, que los tres magos creen oírlo como un grito de luz.

Melchor, Baltasar y Gaspar se inclinan al borde de la montaña para ver la Tierra, porque todos los hombres habrán levantado su frente. Pero los pueblos duermen bajo las alas tendidas de los cielos. Y he aquí el instante en que la expectación del bien será saciada. No sólo miran ellos el astro, sino que él también les mira, y les arrebató, y les distiende el corazón hacia su rumbo. En estos tres hombres acaba de cumplirse que «dos elegidos lo son según su naturaleza; y la palabra o la visión que los atrae tomará su semejanza, se acomodará con el íntimo latido del que debe oírlo o verla».

Reciben el mandato del ideal, y se estremecen y lloran, porque para seguirlo no pueden quedarse en la pureza de la cumbre. Han de bajar y caminar.

II

### La estrella y el camino

Y bajan y caminan. Cuando sus sandalias han tocado la tierra hollada por todas las gentes; cuando se han sumergido en la ciudad que principiaba a dorarse

«bajo los rápidos caballos de Mithra que tuestan las montañas», y los edificios del rey, con relieves de leones bermejos y pilastras de toros alados, se alzaban cerrándoles el cielo, los tres sacerdotes han llegado a sentirse desvalidos.

Los siervos que pasaban tenían en su frente marcada la fosca terquedad de la obediencia. Los niños, que corrían detrás de los palomos, mostraban el ímpetu de su aturdimiento. Todas las criaturas miraban, hablaban, vivían según la exactitud de su voluntad, resistiendo los gritos y el tumulto de los otros. Ellos, no. Su afán era firme, pero sus pies vacilaban y sus labios balbucían, miedosos del espectáculo de lo concreto y de lo vario del mundo. Volvían los ojos al azul, y la estrella no estaba. La cegaba la mañana, el aire de brocados y fragancias, el cuerpo de Vayú, «el grande entre los grandes y fuerte entre los fuertes, ceñido con su armadura de oro».

Les envuelve la ciudad. Aunque el hogar que tuvo el astro en el firmamento esté ya troquelado para sus ojos y les señale la ruta de la epifanía, la ciudad les sobrecoge y les humana el signo idealístico y la forma de su adoración. La estrella nueva promete un príncipe nuevo, y ellos acuden a conocerla y a servirla, y, como hombres, le



LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES, CUADRO EXISTENTE EN EL MUSEO DEL PRADO, DE PALMA EL VIEJO.



llevarán ofrendas. Por eso acuden a las arcas de los mercaderes que les abren sus tesoros, esos tesoros que no tienen jerarquía de merecimientos hasta que no estén en las manos dignas de llevarlos.

El viejo Melchor carga su camello de ánforas de mirra y de aloes, de muselinas sutiles como nieblas, de franjas de lino que dejan en la piel una fresca delicia de rosas deshojadas.

Gaspar, rubio, pálido y hermoso, toma bálsamos de nardos, de cinamomo y alabastros de orobias, el incienso más puro.

Y Baltasar, atezado y hercúleo, llena sus cofres de sándalo, de pedrería de Saba, de aljófares y sartales, de pedazos de oro todavía virgen.

Los tres sacerdotes salen de las rojas murallas de la ciudad. Un soldado de stenes humedidas, de mirada de calentura, les pide la gracia de la salud, y ellos le sonríen y le confortan, recordándole que Zoroastro le tiene prometido «un lugar de predilección entre los justos, porque la clava del guerrero derriba las tiranías». Y he aquí que la felicidad se acerca. De noche, del ramaje del cielo ya cuelga un fruto de luz.

En las soledades azules del mediodía se recortan las torres abiertas de los cementerios, donde los buitres y las hienas desearnan los cadáveres. Entre las encinas suben las cúpulas de cobre de los Grandes Sepulcros, depósito de los esqueletos acortezados de cera. Porque el Avesta dice: «Un pecado para el que no hay perdón es enterrar los muertos. El padecimiento más irresistible de la tierra venerable es sentir un cadáver en sus brazos».

Resplandece la llanura de canales de adobes, que llevan las aguas de los ríos a los campos de sésamo, de mijo y de mieses. Se elevan los humos de las casas de los labradores. Y los tres caminantes les dan su salutación de hermanos. Ahuramazda ama al labrador. Lo pone en su morada al lado del guerrero, porque «con su pobreza edificó una casa de bondad; mantiene el fuego, el ganado, la mujer y los hijos; rae la piel estéril de la tierra, y, cultivándola, cultiva la virtud, proclama la ley de la fecundidad y su trabajo equivale al humo generoso de los sacrificios».

En las sendas, en los hondos, en el pedregal, crecen apretadamente los lirios morados y amarillos, los tulipanes rojos, los jacintos blancos, los ranúnculos rubios, las anémonas encendidas. Ondulan las praderas. Huyen, tronadores, los potros de raza viseana. Pasan y vuelven veloces, erizados y magníficos. Se arremolinan, relinchan y humean. Se paran y vibran, con los cuellos tendidos hacia las siluetas de los tres caminantes, estremecidas por un vaho de sol y de heno recién estrujado. Y en el horizonte glorioso de nubes se queda esculpido el bronce de la yeguada, como si arrastrase el carro de un dios.

Principia el paisaje de palmeras. Palmeras rectas; palmeras inclinadas graciosamente en un desmayo de racimos y crines. Árboles generosos que dan trescientos sesenta dones distintos a la industria de los hombres: pan, vinos y miel, tejidos, aparejos, vinagres, tortas para cebar los bueyes, herraj para los hornos que cuecen los ladrillos... Y en la cercanía resuenan los molinos de huesos de dátiles y de aceite de sésamo.

Fangales encarnados y marismas grises. Claman los onagros. Y desde una peña roja de sol poniente se precipita, de un brinco, el cuerpo de plata de un antlope.

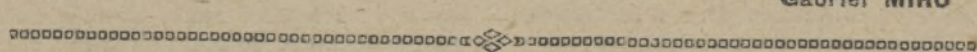
Aún sigue abierta la tarde, y de pronto, los tres sacerdotes elevan sus bra-

zos, porque ya late la estrella toda desnuda.

Sobre el cristal del cielo se deslizan las garzas en busca de las albercas dormidas de Uruk, la vieja ciudad pomposa, claustro de matemáticos y teósofos que palidecen en la meditación.

Los magos pasan las laderías de Zagros, entre huertos de cerezos, de plátanos, de manzanos, de zanboas; entre jardines de mirtos, con bóvedas de jazmineros y rosales, los insignes rosales de Persia, de troncos enormes, donde crían las abejas.

La estrella camina delante. Es como la luna que se comunica y luce en todo: baña los follajes, los aduares, los escombros; se cristaliza en los macizos de rocas devorados y agudas como espinaños de monstruos, y hasta relumbra en la roña de los búfalos, que galopan aplastando las jaras negras de los torrentes.



## EL «NACIMIENTO» Y EL PINO.

# Navidad en el Septentrión

Los antiguos germanos gustaban de vivir aislados; construían sus casas lejos las unas de las otras y sentían aversión por las ciudades, a las que llamaban «grandes cárceles». De ahí que el amor al hogar se desarrollase entre ellos más que en otros pueblos. Ricos en ritos y de una superstición exuberante, hicieron de la casa un templo, al que engrandecieron con los más bellos atributos y consagraron con todos los amores.

Una de sus fiestas principales, la más grandiosa de cuantas se efectuaban en invierno, era la «Julfest». Tenía lugar en el mes de diciembre. Se celebraba en ella la época de la matanza, y era la fiesta sensual de la gula y del deseo. Los espíritus de los muertos acudían cada año, llegado el solsticio de invierno, a tomar parte en los ágapes y banquetes, y se les festejaba alegremente. Las bacanales duraban doce días, y a la vez que se sacrificaba en honor de los espíritus de los antepasados, se hacía también en holocausto de los dioses, especialmente de Thor y de Freyr, pidiéndoles, por medio de solenes rogativas, bendijesen las nuevas sementeras para que fuese óptima la cosecha del año siguiente. Una antigua costumbre era la de introducir en la casa un jabalí, el animal consagrado a Freyr, sobre cuya cabeza se hacían votos y promesas.

Llegó el cristianismo. Las lágrimas de los oprimidos y de los humildes reblandecieron los pedestales de los ídolos, y los dioses del paganismo cayeron estrépitosamente, ahogándose en el mar de sangre vertida por los mártires cristianos. Al egoísmo sensual pagano sucedió el amor divino y redentor del Hombre; al privilegio, la igualdad; a la creencia panteísta, la fe única en un Ser supremo. La plebe, sedienta de dulzuras y ansiosa de reivindicaciones, formó en las huestes del Elegido; y los altos, ahitos del culto a los sentidos, seducidos por la original belleza de la nueva doctrina y arrollados por el valiente empuje con que ésta se abría camino por entre las ruinas de los viejos templos caídos a su paso, rasgaron sus túnicas de seda y abrieron el espíritu a la sublime ilusión de una vida eterna.

La mitología germana cayó también, y ante los misioneros de Cristo huyeron los barbudos dioses con sus heroicas co-

Todo el aire y el vapor de los llanos y de los vergeles asirios está traspasado de estrella. Su lumbré se rompe en lágrimas en la mirada de los tres magos; unge sus dedos y sus vestiduras, les llega y les ilumina dentro del corazón. La recuerdan en la cumbre que han abandonado por seguirla. Se recuerdan a sí mismos, en la altitud, sencillos y dichosos. Allí se clarificaban los ímpetus de la mocedad apasionada de Gaspar ofreciéndose íntegramente en su sacerdocio; Baltasar, indomable y bronco, se doblaba en la oración como un árbol tierno, y Melchor alzaba los años de su vejez en la copa infinita del firmamento. Todas sus virtudes, su ciencia, su piedad, se rendían a la nueva luz. Aman la estrella con todas las contenidas delicias de cuerpos vírgenes. Les besa su claridad como una mujer. Y por ella cruzan el mundo.

Gabriel MIRO

hortes a esconderse para siempre en el Walhalla, como antes las divinidades griegas se habían retirado definitivamente a las impercederas cumbres del Olimpo.

Mas, a pesar de su cristianización, los pueblos germánicos han seguido siendo paganos. Aman la Naturaleza, con la que viven en íntimo consorcio. Plácense en perderse por el laberinto de los bosques milenarios, como si les guiase la ilusión de encontrarse con un ejército de intrépidas Walkyrias, o de ver surgir entre las aguas cantarinas de un arroyo las doradas cabelleras de unas sílfides, o de dar con el palacio subterráneo donde los gnomos mitológicos escondían sus riquezas y labraban su milagrosa orfebrería.

Si se considera a Wagner como el primero de los músicos del mundo, no lo es solamente porque su genio creador realizase la revolución artística más grande que se registra en los anales de la música: lo es y lo será siempre, mientras existan pueblos de raza germánica, porque es el cantor de su mitología, porque supo hacer vibrar profundamente su alma esencialmente pagana. El *Anillo de los Nibelungos*, esa inmortal tetralogía que encierra todo el vigor y la originalidad de estas razas, no podrá ser nunca, a pesar de la universalidad de su grandeza artística y emotiva, gustada en parte alguna con tan honda fruición como en estos pueblos del Norte. Entre ellos Wagner tiene categoría divina. Cuando se representa una obra suya, el teatro está siempre lleno. Se le escucha con devoción religiosa, con profunda unción, arrobados los ojos y el alma iluminada. El entusiasmo que va hinchando los corazones, estalla finalmente y se desborda en ovaciones estruendosas de aplausos, bravos y hurras. Porque con Wagner bajan del Walhalla los dioses a la tierra; y cuando el público rocía la escena con flores y corona a los artistas con mirto y laurel, no es al famoso tenor o a la celebrada diva, sino a Sigfrido, a Wotan o a Kriemhilda, a sus antiguos dioses e ídolos, a los que hacen la ofrenda de sus vitores y guirnaldas.

El paganismo actual de los pueblos germánicos se manifiesta también en su sensualismo. Aman los buenos manjares y la abundancia de los mismos. Beben

con delectación, sin temor a la embriaguez, que suele ser sosegada y tranquila, como un estado de gracia. Trabajan mucho para ganar mucho y poderse rodear de comodidades, de las que saben gustar con voluptuosidad. El pueblo alemán resurgirá de su postración actual, porque no podrá acostumbrarse nunca a la pobreza. Aman las flores, por más humildes que sean, y las joyas, aunque sean falsas. Gustan del aire libre y de los ejercicios gimnásticos. Se perecen por el canto en grandes masas corales, y sienten delirio por el baile.

Lutero, el promotor de la Reforma, escribió estos versos: «Quien no ame a la mujer, el vino y el canto, será un tonto durante toda su vida.» La misma Reforma no es mas que la sensualidad del paganismo protestando de la dureza y austeridad del cristianismo puro. De ahí las innumerables sectas religiosas, la libre interpretación de las revelaciones divinas.

Cuando la Iglesia, convirtiendo a los germanos al cristianismo, les impuso sus fiestas, tuvo que aprovecharse de la «Julfest» para implantar la del Nacimiento de Cristo, y le cambió el nombre. Entonces se formó la palabra «Weihnachten», compuesta de *wich*, que significa santo, sagrado, y de *nacht*, que quiere decir noche; esto es: noche santa, traducción literal de *nox sanctissima*. Sin embargo, a pesar de los siglos transcurridos y del sentimiento cristiano, común a católicos y protestantes, la que se sigue celebrando por Nochebuena es la «Julfest», modernizada, pero conservando su carácter pagano primitivo.

La fiesta se celebra en familia, alrededor del árbol sagrado, el pino. Todos, pobres y ricos, sin excepción, tienen su pino. Lo cuajan de pequeñas bujías multicolores y lo adornan con flecos brillantes, argentados, púrpúreos y áureos. Cuelgan de sus ramas bolas de nácar y cristal para multiplicar el resplandor de las luces; golosinas y juguetes. En la preparación del árbol invierten larga tiempo y ponen grandes carifios. Llegada la Santa Noche, la familia se reúne a su alrededor, y con ella los criados. Están todos de pie, muy serios y graves, con religiosa compostura. Cantan durante largo rato. Luego, el jefe de la casa pronuncia una plática, que todos escuchan conmovidos, sin pestañear. Les habla del amor a la familia, de la santidad del hogar. Los padres cambian presentes entre sí y los hacen a sus hijos, por los que son obsequiados a su vez. Cada miembro de la servidumbre recibe también su regalo. Después se come y se bebe en abundancia, se ríe y se canta durante toda la noche. Es la fiesta, por excelencia, de la alegría familiar.

Acabo de asistir a una de estas fiestas. He salido triste, abatido. Sin duda la alegría de los extraños ha avivado el dolor de mi soledad y acrecentado mi nostalgia. Pero no es eso solo. Nochebuena es una noche de ilusión y de ensueño. Esta fiesta no me ha conmovido... Y al cruzar por las calles desiertas, que cubría la nieve, de regreso a mi casa, he pensado con honda nostalgia en el humilde «nacimiento» que nuestra madre nos compraba al llegar la Nochebuena, por cuyas montañas de corcho y de musgo bajaban los pastores, guiados por una estrella de plata que se sostenía en lo alto de un alambre, en busca del Portal donde acababa de nacer aquel Hombre tan grande, tan sabio, tan bueno... que venía al mundo para llenar de luz nuestras almas...

Enrique DOMÍNGUEZ RODIÑO



= ÉGLOGA TROVADA =  
POR JUAN DEL ENCINA

A LA NATIVIDAD DE JESUCRISTO

El poeta Juan del Encina, cuyas obras, como es sabido, corresponden al origen de nuestro teatro, escribió en su juventud muchas églogas pastoriles, la mayor parte de las cuales destinó a ser representadas ante los duques de Alba, que entonces le tenían a su servicio. Casi todas estas églogas son de argumento religioso, basado generalmente en la Natividad o en la Pasión de Jesucristo, y eran puestas en escena en las épocas del año correspondientes a las festividades que con tales motivos celebra la Iglesia. Representábanse sin ningún aparato escénico: los cómicos encargados de interpretarlas entraban en el salón donde estaban los duques, y previo el permiso de éstos, y después de explicar brevemente el argumento, comenzaban la comedia.

De las tres composiciones que con el argumento de la Natividad figuran en el *Teatro completo de Juan del Encina*, la que publicamos a continuación es la llamada de las grandes lluvias, elegida por el ilustre escritor D. Julio Puyol para ser representada por el insigne actor D. Fernando Díaz de Mendoza y sus discípulos en una hermosa fiesta que se celebró en el Ateneo de Madrid el 28 de diciembre de 1907.

En aquella ocasión se intentó presentar, no solamente una égloga de las que quedan mencionadas, sino también, hasta donde fuese posible, un verdadero cuadro histórico, dentro, claro está, de los medios modestos y limitados de que disponía el Ateneo. Para ello se supuso la escena en un salón de los duques de Alba, cuando éstos acaban de hacer el rezo de Maitines en la noche del 24 de diciembre; llegan unos cómicos, que, en nombre de Juan del Encina, piden licencia para ofrecer a los duques una égloga escrita al nacimiento de Jesucristo, y, obtenido el permiso, dan principio a la representación.

ESCENA PRIMERA

JUAN, MIGUELLEJO, RODRIGACHO, ANTÓN

JUAN. Miguellejo, ven acá,  
por vida de Marinilla,  
que esta noche, qu'es vegilla,  
gran pracer acudirá!

MIGUELLEJO. Anda allá;  
gasajémonos un cacho!  
Llamemos a Rodrigacho  
que también llugo verná.

JUAN. Rodrigacho...! ¿Dónde estás?

RODRIGACHO. Aquí estoy, tras las barrancas...

JUAN. Llugo, llugo te abarrancas  
encovado allá detrás.  
Ven, verás,  
haremos dos mill quellotros!

RODRIGACHO. Mas andad acá vosotros,  
é, soncas, seremos más.

JUAN. E ¿quién está'lla contigo?

RODRIGACHO. No vo lo quiero decir.  
Vení, si queréis venir,  
ternéis lumbré é buen abrigo.  
Digo, digo!  
Dome á Dios qu' está'lla An-  
Oh, del gran acertajón! ¡tón!  
Vamos allá, mía fe, amigo.

ESCENA II

DICHOS, MIGUELLEJO Y JUAN

JUAN. ¡En buen hora estéis, zagales!

RODRIGACHO. E en tal vosotros vengáis.

MIGUELLEJO. A gran abrigada estáis.

ANTÓN. ¡Para en tales temporales!

RODRIGACHO. Estos males

así se han de perpasar.

Hora sus, sus, á sentar

tras aquestos barrancales.

ANTÓN. Estamos bien abrigados...

JUAN. Dejarnos heis calder.

RODRIGACHO. Todos podemos caber

á la lumbré rodéados.

MIGUELLEJO. ¡De ganados

poco cuidado se os pega...!

ANTÓN. Más yale estar, Dios te prega,

al fuego carrapuchados.

RODRIGACHO. Cuido que con más cuidado

deben estar nuestros amos.

JUAN. Pensarán ellos que estamos

pastoreando el ganado...

¡Ay, cuitado,

qu' el mundo se pierde todo!

ANTÓN. Todos estamos con llobo,

no hay ninguno bien librado...

MIGUELLEJO. Noche es esta de pracer.

¡Callá, tomemos gasajo!

JUAN. Ogaño Dios á destajo

tiene tomado el llover.

RODRIGACHO. Á mi ver,

correncia tienen los cielos.

MIGUELLEJO. Asmo, si no acuden yelos,

todo habrá de peresecer.

RODRIGACHO. Dí tú, que vienes de villa,

¿hobo gran tormenta allá?

JUAN. ¡Dos mil veces más que acá!

Tanto, que no sé deçilla

de mancilla.

ANTÓN. ¿Iba el río muy perhundo?

JUAN. ¡Nunca tal se vió en el mundo!

RODRIGACHO. ¡Oh, que huerte maravilla!

ANTÓN. Por tu salud, que lo cuentes.

JUAN. ¡Tú contar no me lo mandes...!

Con los andiluvios grandes

ni quedan vados ni puentes,

é 'a las gentes

reclaman á voz en grito.

Andan como los de Egipto...

RODRIGACHO. ¡Soncas, gimentes enfrentes!

JUAN. ¡Cient mill álmás perdidas!

ANTÓN. ¡E ganados percidos!

MIGUELLEJO. ¡E aún los panes destruidos!

JUAN. Las casas todas caídas,

é las vidas

puestas en tribulación...

RODRIGACHO. ¡Danos Dios gran tresquillon

ogaño con avenidas!

JUAN. Pernotar, asmo, se debe

tan grande tresquellimocho

año de noventa é ocho

é entrar en noventa é nueve.

MIGUELLEJO. Dinos, dinos, dinos, Juan:

en tiempo de tal mancilla

¿para qué huste a la villa?

JUAN. ¡Año pese á Sant Jullán!

Por del pan,

que en la aldea no lo había:

y acuntió que en aquel día

era muerto un sacristán.

RODRIGACHO. ¿Qué sacristán era, dí?

JUAN. Un huerte canticador.

ANTÓN. ¿El de la greja mayor?

JUAN. ¡Ese mesmo!

RODRIGACHO. ¿Aquese?

JUAN. Sí.

RODRIGACHO. ¡Juro á mi

que canticaba muy bien...!

MIGUELLEJO. ¡Oh, Dios lo perdone, amér!

ANTÓN. Hágante cantor á ti.

RODRIGACHO. El diablo te lo dará,

que buenos amos te tienés,

que cada que vas é vienes

con ellos muy bien te va.

MIGUELLEJO. No están ya

sino en la color del paño:

más querrán cualquier extraño

que no a ti, que sos d'allá.

RODRIGACHO. Dártelo han, si son sesudos.

JUAN. Sesudos é muy devotos...

RODRIGACHO. ¡Mas hanlo de dar por votos!

RODRIGACHO. Por botos no, por agudos.

Aun los mudos

habrarán que te lo den.

JUAN. ¡Mía fe, no lo sabes bien!

muchos hay de mi sañudos;

los unos... no sé por qué,

é los otros... no sé cómo...

¡Ningún percundio les tomo

que nunca lle lo pequé!

MIGUELLEJO. A la fe,

unos dirán que eres lloco,

los otros que vales poco.

JUAN. Lo que dicen bien lo sé.

RODRIGACHO. Hora cállate é callemos;

no te curas, compañero,

que siempre el mejor gaitero

menos medrado lo vemos.

No curemos

de estar más en más disputa.

Si trajiste alguna fruta,

danós della, jugaremos.

JUAN. Por amansar estas sañas,

aquí trayo, mía fe, amigos,

una gran sarta de higos

é tres brancas de castañas.

MIGUELLEJO. ¡Esas mañas

ya nunca las perderás...!

siempre trayes onde vas

mill golosinas extrañas.

RODRIGACHO. Hora cuenta.

Reparte; ¿cómo cabemos?

Cuatro somos, ¡no erremos!

Diez... veinte... treinta... cuá-

¿Cuántas sobran? ¡treinta...

—Veinte son.

JUAN. Repártelas otra vez.

JUAN. Cinco é cinco, que son diez;

é diez para mí é Antón.

MIGUELLEJO. Compañón,

trocám' ésta, qu'es podrida.

JUAN. No haré, juro á mi vida,

pues te cupo en tu quión.

— Hora juguemos.

ANTÓN. Juguemos.

MIGUELLEJO. E ¿á qué juego, compañeros?

RODRIGACHO. Juguemos pares é nones.

JUAN. Á hotas que bien haremos.

ANTÓN. Comencemos.

JUAN. ¿Qué les dices?

ANTÓN. ¡Juro a fíos...

nones digo!

JUAN. ¡Daca dos!

ANTÓN. ¡Cata que no trampillemos!

RODRIGACHO. ¿Qué les dices, Migallejo?

MIGUELLEJO. ¡Pares les digo!

RODRIGACHO. Perdiste.

JUAN. ¡Diabros, é dóite yo el triste!

¿Ya pones el sobrecejo?

RODRIGACHO. Cuando viejo

muy ruin gesto has de tener:

¡por tres castañas perder

reniegas de sant Conejo!

MIGUELLEJO. ¿Qué les dices, Rodrigacho?

RODRIGACHO. Asmo que digoles pares.

MIGUELLEJO. ¡Al diablo tales jugares!

RODRIGACHO. ¡Hora ganéte buen cacho!

¡Don muchacho,

poquita sabes de juegos!

¡No te aprovechan reniegos;

cata, yo soy hombre macho!

JUAN. ¿Nunca acabaremos hoy...?

Debemos juego mudar.

RODRIGACHO. ¿Y á qué podemos jugar?

ANTÓN. Mía fe, a vivo de lo doy.

MIGUELLEJO. ¡Yo no soy

en jugar juego tan ruin!

Mas juguemos al trentín,

que muy desdichado estoy.

ESCENA III

DICHOS Y EL ANGEL

(Al pronunciar MIGUELLEJO las últimas palabras de la escena anterior, aparece EL ANGEL en la puerta del foro: los pastores vuelven sus miradas hacia la aparición y quedan asombrados. MIGUELLEJO, que estaba de pie, pónese de rodillas; RODRIGACHO besa la tierra; ANTÓN se descubre y abre los brazos como en actitud de adoración, y JUAN se incorpora poco a poco hasta quedar también de rodillas.)

EL ANGEL. Pastores, no hayáis temor,  
que os anuncio gran placer.  
Sabed que quiso nacer  
esta noche el Salvador  
Redemptor  
en la cibdad de David.  
¡Todos, todos le servid,  
qu' es Cristo nuestro Señor!  
E doy os esta señal  
en que le conoceréis:  
un niño envuelto hallaréis

pobremente so un portal;  
é aun es tal,  
qu' en un pesebre está puesto;  
é conoceréis en esto  
aquel gran Rey celestial.

(Desaparece EL ANGEL. Los pastores quedan unos momentos en las mismas actitudes con la vista fija en el sitio por donde EL ANGEL desapareció. Después, miranse unos a otros en silencio.)

ESCENA IV

DICHOS menos EL ANGEL

RODRIGACHO. ¡Compañeros, digo yo

que vamos hasta Belén

porque persepamos bien

quién es este que hoy nasció!

JUAN. ¡Bien habré!

MIGUELLEJO. Pues vamos tóste priado,

que aquel garzón repicado

por cierto nos lo contó.

RODRIGACHO. ¿Quién dijo qu' era nascido?

JUAN. Cuido qu' el saludador.

MIGUELLEJO. ¿Que no, sino el Salvador?

¿no lo tienes entendido?

JUAN. ¡De atordido,

no pude perentenderlo...!

Aballemos tóste a verlo,

sepamos quién há nascido.

MIGUELLEJO. Yo leche le endonaré,

¡soncas, de mi cabra mocha!

haréle una miga cocha

con que le empapizaré;

llevarl' he,

de camino, cuando vaya,

una barrefia de haya,

la que di lunes habré.

JUAN. Yo le daré un cachorrito

de los que parió mi perra,

xetas é turmas de tierra.

ANTÓN. Yo le llevaré un cabrito.

JUAN. Yo un quesito.

RODRIGACHO. Yo natas é mantequillas.

MIGUELLEJO. Yo tres é cuatro morcillas.

ANTÓN. E yo, mía fe, un xerquerito.

JUAN. Yo le diré mil cantares,

con la churumbela, nuevos.

RODRIGACHO. Yo le daré muchos huevos.

MIGUELLEJO. E yo de las mie cuchares

¡dos, tres pares!

JUAN. ¡Gasajémonos con él!

RODRIGACHO. Darl' he yo manteca é miel

para untar los paladares.

JUAN. Hora no nos detengamos:

cada cual, si le pruguiera

leve lo más que pudiere

porque mejor le sirvamos.

MIGUELLEJO. ¡Vamos, vamos,

antes, antes que más llueva!

RODRIGACHO. Preguntemos bien la nueva

porque lo cierto sepamos.

(Los cuatro pastores se dirigen

hacia el foro y, hecho el ademán de

salir, quedan junto a la puerta; al

terminar el último verso se oye den-

tro el siguiente villancico, con acom-

pañamiento de órgano.)

VILLANCICO

(A TRES VOCES)

¡Oh, Reyes Magos benditos!

Pues de Dios sois tan amados,

sed mi guarda é abogados.

Sed mi guarda en este suelo,

porque en sus lazos no caya;

porque por vosotros haya

gran perd



# LA NARIZ DE SU MAJESTAD

CUENTO PARA NIÑOS POR PINOCHO

LARILÓN era peluquero y barbero; seguramente había escogido este oficio—esto no pasa de ser una suposición—para consolarse de su calvicie.

Porque calvo, lo era en verdad. En su cráneo brillante y sonrosado había tantos cabellos como pinos hay en el desierto de Sahara; haciendo juego con su cráneo, su cara redonda, gorda y pálida como la luna llena, era imberbe en absoluto, y si añadimos que su cuerpo era rechoncho, sus piernas cortas y su panza voluminosa, no os sorprenderé al afirmar que la silueta del buen Larilón no era un modelo de esbeltez.

Larilón era un barbero admirable, experto, delicado, algo así como el «as» de los barberos; por esto, una vez a la semana el propio rey del país mandaba llamar a Larilón a su palacio para confiarle su regia barbilla, que Larilón afeitaba delicadamente; su augusto bigote, que Larilón rizaba a las mil maravillas, y su egregia cabellera, en la que Larilón trazaba una raya impecable y media docena de onditas, que eran otras tantas preciosidades.

Un día, hallándose su majestad con el rostro debidamente enjabonado, Larilón acababa de coger la regia punta de la regia nariz entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, mientras con la mano derecha blandía su navaja barbera, cuando una mosca tuvo la inoportunidad de posarse en una de las ventanas de la referida nariz.

La mosca hizo cosquillas al rey; el rey hizo ¡atchis!, y estornudó; el estornudo sacudió el brazo de Larilón, y la navaja barbera hizo ¡zass!, y cortó la punta de la regia nariz.

Si no os hubiera dicho antes que Larilón tenía el cuerpo rechoncho y las piernas cortas, nadie podría creerlo, a juzgar por la carrera veloz, desenfrenada, que emprendió después de esta hazaña espantosa, perseguido por el pobre monarca, que gritaba desesperadamente: «¡Mi nariz! ¡Mi nariz!»

¡Su nariz! El barbero se la llevaba entre el índice y el pulgar de la mano izquierda, porque ni tiempo de soltarla había tenido, y, además, porque la nariz de un rey no se abandona como la de un cualquier don Juan particular.

Al cabo de un rato de carrera, el rey se detuvo y pensó: «Como este hombre siga corriendo, puesto que la tierra es redonda, más tarde o más temprano ha de volver al punto de partida; por lo tanto, le esperaré tranquilamente en mi palacio.»

Pero Larilón no pensaba en dar la vuelta al mundo; en su carrera llegó al pie de una alta montaña, en cuyos flancos se abría una sombría caverna, y allí se refugió, jadeante y sudoroso.

Su primera ocupación fué guardar la nariz en un nudo de su pañuelo, y en ello estaba cuando oyó una voz que le interpelaba con severidad:

—¿Quién te ha autorizado a entrar en mi domicilio?—decía la voz.

Y Larilón vió ante él a una dama, jo-

ven, bella y rubia, vestida de blanco y con una magnífica cabellera que la cubría cual manto de oro.

Nuestro barbero, que leía todos los domingos LOS LUNES DE EL IMPARCIAL, poseía una gran cultura en cuentos fantásticos, y adivinó en el acto que aquella dama era un hada, enfadada por su intrusión, pero amable y bienhechora.

—¡Señora hada!—exclamó,—dejadme que me cobije aquí, a fin de que no me encuentre el rey, y yo os juro haceros un peinado tan admirable que os haga parecer aún más hermosa, caso de ser eso posible.

—Pues, manos a la obra—dijo el hada, sonriendo, pues no por hadas dejan las mujeres de ser presumidas.



te, desafiando al cielo; y este adorno capilar se lo colocó a Larilón, que, después de besar una y mil veces las manos de azucena del hada bondadosa, se marchó tan campanile y satisfecho.

Es decir, satisfecho, no del todo, porque Larilón era un hombre honrado y le hacía poca gracia quedarse con una nariz que no le pertenecía.

Estas reflexiones se iba haciendo, cuando vió a un joven aún mucho más melencólico que él, que parecía buscar por el suelo algo que no encontraba.

—¿Qué te pasa, amigo?—preguntó el barbero, movido de compasión.

—¡Ay de mí!—gimió el otro.—Soy pintor y he venido desde mi lejano país para pintar el retrato de un gran señor



—¿No es más que eso?—exclamó el pintor con alegría.—Pues aquí tengo yo una cola tan fuerte que todo lo pega.

Y le entregó un tubo de sinteticón, que, por lo visto, era entonces cosa rara y desconocida.

De un brinco Larilón se personó en palacio, donde gracias a su exuberancia capilar nadie le reconoció.

—Soy—dijo—el ilustre doctor Rapatras, y vengo a ponerle a su majestad la nariz que le falta.

—¡Que pase!—gritó desde su aposento el rey, que había oído estas palabras.

Grave, solemne, Larilón deshizo el nudo del pañuelo, sacó la regia nariz, la untó de cola y, ¡paf!, se la pegó al rey. Pero tan azorado estaba que se equivocó y... la pegó del revés. El

rey, al mirarse en un espejo y verse más feo que antes, lanzó un grito de horror.

—¿Que me quiten esta nariz!—rugió.

El falso doctor Rapatras empezó a tirar de la nariz; pero, ¡buena era la cola para ceder! El gran chambelán empezó a tirar de Larilón; el mayordomo de palacio tiró del gran chambelán; el maestro de ceremonias la emprendió a tirones con el mayordomo, y del maestro de ceremonias se puso a tirar, con toda su alma, un pinche de cocina, atraído por el ruido y los gritos. ¡Si, si! La nariz no se descolaba.

—Que me traigan a Larilón—gritó el rey—; él se las pinta solo para cortar narices.

Oír esto el falso Rapatras y soltar la nariz de su majestad, todo fué uno; y soltar él la nariz y caerse de... espaldas el chambelán, el mayordomo, el maestro de ceremonias y el pinche de cocina, todo fué otro. Pero ¡bastante le importaba al barbero que se cayeran o no! Salió disparado de palacio, se arrancó peluca, barba y bigote, y reapareció ante el rey.

—¡Ay, Larilón de mi alma! gritó el soberano—, córtame la nariz.

¡Zass! golpe con la navaja barbera, y la nariz redó por los suelos.

—¡Miserable!—gritó el rey.—¡Me has cortado la nariz!

—¡Pero si me lo ha ordenado vuestra majestad!—protestó el infeliz.

—¡Esta vez, sí; pero la otra, no!

El barbero se caló la peluca, la barba y el bigotito a lo Charlot y declaró:

—Vuelvo a ser el doctor Rapatras y voy a devolverle la nariz a vuestra majestad.

Y tornó a pegar la nariz; pero con tal perfección esta vez, que el rey hubiera quedado hermosísimo, de no haber sido de por sí bastante feo.

El soberano, encantado, se apresuró a crear un Ministerio de Barbería, con el solo fin de poder nombrar ministro al bueno de Larilón.

Y nuestro barbero vivió dichoso, venerado y rico, por haber, un día de suerte extraña, cortado con su navaja barbera la nariz de su majestad.

PINOCHO

Dibujo de BARTOLOZZI.

Larilón cogió su espléndida cabellera, la peinó, la rizó, la onduló, la trenzó y exclamó, victorioso:

—¡Ya está!

El hada, entonces, tocó el suelo con su varita y al punto apareció un arroyo de agua pura y cristalina, en el cual se contempló un buen rato.

—Estoy satisfecha—declaró luego—, y para recompensarte por tu habilidad te concedo lo que me pidas.

—Lo que más deseo—exclamó Larilón—es volverme tan peludo, bigotudo y barbudo que no me conozca nadie y pueda regresar a mi barbería sin temor al rey.

El hada cogió uno de sus cabellos que había quedado enroscado en el peine y sopló; el cabello se estiró, se dobló, se triplicó, se cuadruplicó y, en fin, se multiplicó hasta formar un grueso mechón; el hada volvió a soplar y el mechón tomó la forma de una peluca magnífica (así es como han sido inventados los postizos), una hermosa barba rizada y un bigote cuyas guías se erguían fieramen-

de estos lugares; pero se me ha perdido mi más fino pincel y sin él no puedo pintar, y si no pinto el retrato me muero de hambre, porque no cobro, es decir, si cobro, pero palos en lugar de dinero.

—¿Y cómo era ese pincel?—preguntó Larilón, por decir algo.

—Era tan fino como... como... mire usted, era tan fino como las guías de sus bigotes—explicó el pintor.—¡Ay! ¡Si yo tuviera un bigote así estaba salvado!

—¡Tuyo es!—declaró Larilón.

Y sacando su navaja barbera, ¡rass!, ¡rass!, se cortó las guías del bigote, dejándole chiquitín, igualito al de Charlot. No necesito describir la alegría del pintor al recibir el regalo. El hombre era agradecido.

—¿Cómo podría yo pagaros tan señalado favor?—gritó, estrechando las manos de Larilón entre las suyas.

—Lo único que yo desearía—dijo tristemente nuestro barbero—sería que el rey pudiese tener de nuevo en su cara la nariz que le arrebaté.



# EL CHALECO DEL DIABLO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE JUAN G. OLMEDILLA

I

Como de costumbre, Anselmo despertó bien temprano. Acto seguido, se lanzó fuera del lecho, a pesar del frío y no obstante hallarse muy a gusto arropado bajo la vieja manta de viaje, que por sí sola componía todo el ajuar de cama. Apoyó los pies sobre un diario de la noche anterior que le servía de alfombra; calzó unos zapatos, harto gastados ya, y, vistiéndose apresuradamente el pantalón de faena, zambulló la cabeza, de golpe y porrazo, con decisión heroica, en el agua de un barreño que dejaba preparado para esta operación antes de acostarse. Hundió la melena, la cara, el cuello, en el agua frígida, restregando con ésta el torso desnudo, los brazos, los hombros... Luchando denodadamente contra ella, bajo la dolorosa impresión de las innúmeras puntas crueles que herían imaginariamente su carne, parecía un guerrero homérico—un personaje de Swift, más bien—combatiendo a puñetazos contra una nube de flechas diminutas.

La pelea, como siempre, se decidió a su favor poco después de comenzada. Entró en reacción, arrebuñado en la manta antañona, que hacía las veces de toalla de baño, y la Pereza—esa insinuante compañera clandestina que comparte con nosotros el tibio regalo del lecho en las mañanas invernales—huyó de sus brazos: repudiada, vencida, fué a refugiarse, tímida, en los de otro durmiente menos madrugador—el camarada Eduardo—, noctámbulo contumaz que en aquellos instantes gozaba a plena suelta las delicias del séptimo cielo de su sueño.

Anselmo peinó hacia atrás su cabellera, que cuidaba con esa coquetería—tan disculpable—de los artistas pobres, y dejó al descubierto la frente amplia y firme, llena de entendimiento y de bondad. Terminó de vestirse, abotonándose hasta el cuello una americana raída, y, enfundándose en una larga y sucia blusa de pintor, sentóse junto a la cristallera del estudio. Sedientos siempre de las altas cosas, como soñadores auténticos, él y Eduardo habitaban un ingenuo estudio en Chamberí—sexto piso—, todo lo más cerca del cielo que les es posible a los hombres de las ciudades. Y de vez en vez—con triste frecuencia—, mantenimientos y avíos de trabajo se les mostraban inaccesibles, más allá de las nubes, en el reino de lo quimérico.

Mientras rebuscaba afanosamente en todos sus bolsillos algún tabaco para cargar la pipa, Anselmo continuó la lectura de Plutarco, interrumpida la mañana anterior al dar las nueve. Las vidas paralelas, las ejemplares gestas fabulosas de aquellos hombres de la Antigua Edad, constituían su mayor deleite. Conociéndolas, se fortalecía su fe en el esfuerzo que se subordinaba a una noble ambición. Y su vida pobre y mínima, llena de inseguridades económicas, de inexorables inminencias cotidianas, encontraba una trayectoria segura en la obra artística, un tranquilo entusiasmo que, sobreponiéndole a todas sus miserias

sentido de ponderación daba al cuadro, dentro de una gran armonía, esa rara escala de gradaciones que valora cada figura, cada elemento decorativo, en su verdadera importancia, exaltando el motivo principal del lienzo y atenuando el relieve de los demás; componiendo los tonos del fondo con la gama de luz dominante y también con el estado espiritual de la figura-eje; dando, en suma, un alma a cuanto la rodea e identificando el alma del protagonista con el alma recóndita de las cosas, tan elocuentes bajo su estática apariencia para el artista que sabe interpretarlas.

El cuadro — que revelaba la técnica

mojaba en aguarrás sus pinceles—¡tan amados, tan suyos, tan familiares a sus manos, como una prolongación sensible de sus manos mismas!—, estudiaba su obra, la analizaba con una severa, a veces cruel, mirada crítica, desde cerca, desde lejos, bajo distintas luces, buscando, inquieto, el desdibujo antes no advertido, el matiz no entonado, la pincelada falta de seguridad, la imperceptible expresión equívoca de un gesto, el defecto, en una palabra, que los demás habrían de ver a la primera ojeada y que él no acertaba a encontrar oportunamente.

Cuando llevaba dos horas de ensimis-

mado trabajo, el artista dióse cuenta de que faltaba un vidrio en la cristallera desde el día antes. Dejó paleta y pinceles y, descolgando de la pared el retrato de un director de Obras públicas—que no quiso adquirirlo después de contratado, porque el pintor había prescindido, al retratarle, de su flamante uniforme y sus condecoraciones—, tapó con aquél el hueco por donde entraba, artero, el viento helado de la mañana de tembrina. A poco, el frío volvió a notarse con la misma intensidad. Entonces Anselmo trató de organizar en regla la calefacción, tropezando en seguida con un inconveniente de relativa importancia: no había carbón, ni leña, ni serrín desde hacía lo menos una semana. Pero aquello, en verdad, era poca agua para que en ella ahogase el pintor sus iniciativas. La idea de preparar un buen fuego le había parecido excelente, y no era co-



circunstanciales, le daba ánimo y alientos para proseguir sin vacilaciones ni pesimismo. Alegremente, llamaba a este rato matinal de lectura, su desayuno... espiritual.

Cuando sonaron las nueve en la torre de un convento próximo, el artista, «olvidado de todo»—¡cuánta parvedad triste!, cuántos dolores pequeños en esta frase!—, dejó el libro, y, preparando los colores sobre su paleta, se dispuso a pintar en «el cuadro de la pensión», como nombraban sus verdaderos amigos—los que creían en su triunfo y lo deseaban— a aquel gran lienzo comenzado el verano último en un puertecillo de la costa galaica. Había puesto Anselmo en él todo el apasionado fervor de sus veinticinco años, sofrenado por una fuerte serenidad de ejecución. Era una obra de juventud que empieza ya a madurar, de artista consciente de cada pincelada, de cada matiz, de cada trazo. Un singular

desenvuelto de un pintor ya formado—era un jovial alarde de dominio: dominio del dibujo, correcto sin afectación, y del colorido vibrante, pero sin estridencias; de la figura, ejecutada con naturalidad, mas sin desaliño, y del paisaje, tratado con un gran sentido de la realidad, pero sin esa minuciosidad detallista del objetivo fotográfico.

Anselmo contemplaba su obra, ya terminada casi, con esa unción compleja—paternal y filial a un tiempo—que los artistas sienten ante sus creaciones más genuinas, aquellas que concibieron con fe y engendraron con doloroso entusiasmo. En realidad, nada faltaba ya al lienzo, y, no obstante, el pintor seguía trabajando en él a diario, retardando siempre la hora de enviarlo a Bellas Artes, temeroso, dubitativo, no satisfecho nunca plenamente de su esfuerzo.

Todas las mañanas se ponía frente al caballete, y mientras con gran cariño

sa de abandonarla al primer obstáculo. Deshizo algunos bastidores, destruyó un mardo pseudoantiguo que prestigiaba un mal autorretrato de su primera época, y viendo que con aquel stock no había suficiente pasto para las otras dos horas que le quedaban de faena, con el mazo de su compañero Eduardo—dormilón y estatuario—comenzó a golpear una silla Imperio, bastante deteriorada e impar en el extraño mobiliario del estudio.

Al ruido, el escultor, mal de su grado, despertó en el revuelto lecho, increpando, con su acostumbrado impetu, al camarada activo y madrugador:

—¿Qué demonios haces?... ¡No podré dormir en paz con tal estrépito!

Anselmo respondió jovialmente:

—Luchando contra los elementos. He vencido al agua y al aire; ahora trato de dominar al fuego...

Eduardo, incorporado a medias en la cama, no pudo reprimir una exclamación:



ción de dolor viendo su silla Imperio fragmentada y condenada irremisiblemente a la estufa.

—Pero, hombre, ¡qué poco previsor!... ¿Dónde vamos a sentar a los clientes cuando los tengamos? Algún día pudiera...

—¡Algún día, mañana!... ¡Siempre has de ser lo mismo!—le reconvinó el pintor, con afecto—. ¡Vive el día de hoy!... Ahora lo importante es que yo pueda terminar mi cuadro. Mañana... ¿O es que quieres perecer de frío apenas te levantes?

Lances como éste entre el espíritu emprendedor, confiado, activo e inmediato del uno, y la indolencia, la errónea previsión, la incertidumbre constante del otro, se suscitaban a cada momento y por cualquier motivo. Eso sí, siempre dentro de una verdadera fraternidad, pues Anselmo y Eduardo, a pesar de sus caracteres divergentes—o quizá por ello mismo—, se querían de una manera ejemplar, a prueba de adversidades y de holguras, de penas y alegrías, de amigos ociosos y de amiguitas coquetuelas, bajo la triple hermandad del arte, la juventud y la pobreza.

—¿Qué hora será?—preguntó Eduardo.

Y sin aguardar la respuesta, prosiguió perezosamente, con el oculto deseo de que estuviera amaneciendo para justificarse a sí mismo su desidia:

—Debe de ser muy temprano, porque el sol no aparece por ninguna parte...

—Pero, ¡ánimal! ¿Qué sol quieres que haya, si ahora comienza a llover y ha estado nublado toda la mañana?

—¡Llueve?...—exclamó el escultor en un lamento—. ¡Ya no podré trabajar hoy tampoco! Se esfuman los contornos, los planos no se acusan bien... ¡Qué asco de invierno! Así no se puede hacer nada.

—Haz lo que yo: adelántate a los acontecimientos. El día se va a enredar en agua—y para nosotros en muchas otras cosas—; pero como yo he madrugado más que la lluvia y que el hambre, he podido aprovechar alguna luz y algunos arrestos para mi trabajo. Además, el día, como de domingo, se presenta en tragedia. No tenemos un céntimo, ni probabilidades de encontrarlo—prosiguió Anselmo, razonador—; pero yo, cuando llegue la hora de los madrileños, tendré la satisfacción—muy superior a la deglutición de los *menús* más succulentos—de no haber perdido mi día. Acabo de dar dos pinceladas soberbias: esas manos no me gustaban del todo y las he rectificado. Miralas, vago, y di qué te parece...

Eduardo, medio adormilado nuevamente, terminó de despertarse y se acercó, con toda la coherencia encima, al lienzo. Miró un buen rato, en silencio, la obra de su amigo, de quien era el primer entusiasta, y opinó con suficiencia:

—Mira, Anselmo, yo creo, francamente, que la corrección de hoy es la definitiva. Debes enviar mañana mismo el cuadro, porque te expones a no acertar en una nueva enmienda y estropearlo todo.

—Sí; mañana lo mando, decididamente—asintió Anselmo—. Y no estaría mal—agregó, mientras removía los leños en la estufa—que nos diesen la pensión... Eduardote: con lo que dieran para mí nos íbamos los dos, ¿eh? Italia, Munich, París, Londres. ¡Vaya seis añitos!

Hizo chasquear la lengua y se marcó en el aire dos compases de bolero andaluz—señales las más inequívocas en él de júbilo y optimismo.

Eduardo, caído más que sentado sobre el canapé de un rojo desvaído y mugriento, le oía divagar lleno de entusiasmo y poco a poco iba inclinando la cabeza sobre el pecho, velado el rostro por un aire de tristeza que Anselmo observó claramente apenas aterrizó de su magnífico planear fantástico.

—¿Qué te pasa, hombre? ¿Sientes ya las nostalgias del cocido?—preguntó el pintor, posando, amistoso, una mano sobre el hombro atlético de su camarada.

—No, no—respondió éste—. Es que... tú, en tu seguridad del triunfo, no cuentas para nada con mi ambición de artista. Yo no podré compartir tu pensión, porque tú, si te vas a Italia, te vas a base de tu trabajo, de tu esfuerzo, de tu talento. Y yo, así, iría merced a tu generosidad, pero sin el aliento de una primera victoria... ¡Yo debía trabajar!... Si ya hubiese realizado algunos de mis proyectos... Pero es que... la falta de medios me ata de pies y manos, me anula... Lo confieso: no sirvo para crear, pensando en esta tragedia diaria de la comida, del cuarto, de la ropa...

Anselmo le atajó, decidido, en sus lamentaciones, queriendo inyectarle la savia de su energía, de su fe, de su confianza:

—Pero ¡si todo eso no es más que indecisión! Tú mismo te creas los obstáculos, por no querer libertarte de las pequeñas tiranías materiales...

—¿Cómo?

—¡Olvidándolas! Sobreponiéndoles una seguridad absoluta en tu talento... en tu genio: no hay que asustarse de esta palabra. Casi siempre el genio no es más que la firme convicción de tenerlo y de deberse a él, puesta al servicio de un buen talento, de un gran talento, desde luego. Los que hacen de su vida milicia, ejercitan su ingenio y por él triunfan en la vida. Los que convierten su vocación en sacerdocio, alcanzan la beatitud del genio. Y éste les hace triunfar de la vida y también de la muerte.

Eduardo se había incorporado, y acercándose a las grandes ventanas del estudio, miraba caer la lluvia, apoyada la frente sobre los cristales. Era alto, amplio de hombros, rubio. Por la primera impresión se le juzgara un hombre vigoroso; pero observando la lentitud torpe y decaída de sus movimientos, su manera perezosa de hablar, su temor infantil a la vida, su indecisión y su abulia, se veía que el suyo era un temperamento infático, de gran soñador inactivo, es decir, de incapacitado para cualquier esfuerzo tenaz y metódico que le condujese a la realización de un fin no muy inmediato.

En los aledaños casi de la hermosa edad que maldijo el poeta, su obra de escultor se reducía a un enorme cartapacio de estudios, de bocetos para obras futuras. Había hecho tres o cuatro bustos que acusaban un taumaturgo del cincel para fecha no muy remota; pero una crítica lo suficientemente buida y perspicaz, donde habría encontrado latente su gran obra, hubiera sido en sus apuntes a lápiz, en sus proyectos, en algunas *maquettes* que se desbarataban arrumbadas; esto es, en el diario de sus ensueños, no en las realidades concretas del barro dominado por una voluntad cotidiana.

Sabía todos los caminos del triunfo: las sendas claras y los vericuetos inconfesables; tenía talento para vencer por los senderos tortuosos, y, acaso, genio para conseguir la victoria con lo más puro de su labor de artista. Pero se detenía demasiado en las minucias estériles de la vida, siempre temeroso de acometer definitivamente lo importante.

Así como hay espíritus tan previsores del mañana que se olvidan de gozar la ventura presente, pensando sólo en contrarrestar las eventualidades de lo por venir, los hay también dilapidadores del futuro que, bajo el agobio de un funesto pesimismo, no se atreven a levantar, día a día y piedra sobre piedra, humildemente, el edificio del mañana, la obra gigante que se construye poco a poco

con el alegre y confiado afán de cada hora. Sueñan, apasionados y febriles en su melicía negativa, una vasta obra, maravillosa creación de su alma, y al intentar llevarla a la realidad, se sobrecojen ante su magnitud y la dejan nonnata, por miedo a no poder concluir la dignamente, a causa de las incidencias adversas que «tal vez» surjan en sus vidas, obligándoles a interrumpir la titánica empresa comenzada. «Mañana, cuando asegure lo pequeño, emprenderé lo grande; ahora, no, porque es demasiado hermoso para relegarlo después por lo mezquino.» Y así llegan, de hipoteca en hipoteca, a derrochar en vano su riqueza íntima, encontrándose cualquier día—ese día en que se nota la primera cana o se tiene la primera sospecha de haber errado el camino—con que se ha doblado ya irremisiblemente el Cabo de Buena Esperanza de la vida, y está muy lejos, y ahora para siempre, la cumbre lejana y luminosa, a la que no ascendieron por creer que en todo momento contarían con el ímpetu necesario para escalarla. Ímpetu que fuera de la juventud no existe, y que en la madurez no es sino velocidad adquirida...

A este género de infelices pertenecía Eduardo.

## II

Mientras hablaban los dos amigos, la lluvia, lenta y pertinaz durante toda la mañana, arreció bárbaramente, golpeando con furia los cristales de la montera y batiendo con sordo rumor los tejados de las alcobas abarrajadas que tenían los artistas a cada extremo del taller. El cielo se ensombrecía por momentos. Dios, al frente de su celeste orquesta, ensayaba un colosal *in promptu*: la tormenta cernía sus alas de zinc escandaloso sobre la ciudad, y se abombaba en truenos y se erizaba de relámpagos, zigzagueantes como rúbricas de malhumorado.

Temblaba el estudio bajo la zalagarda de los cielos. De pronto, por la brecha de un cristal que acababa de romperse, entró en el cuarto una violenta racha de viento.

—¡Diablos!—gritó Anselmo—. Levantemos una barricada contra esta invasión. ¡He aquí por donde llegan las inesperadas pulmonías!...

—Bendigamos a los tutelares prestanistas que juzgan raidos e inalienables nuestros gabanes! Voy a embutirme en el mío...

Y Eduardo abandonó la manta y comenzó a vestirse apresurado.

Cuando daba el tironcito de gracia a las puntas de su chaleco, no pudo contener una exclamación estentórea, como un trueno más entre los de la tormenta.

—¡Chico, diez del ala en un bolsillo!

—¿Diez qué?...—inquirió ávidamente Anselmo; no quería creer y deseaba que fuesen diez pesetas, diez duros...

—¡Diez céntimos, hombre! Pero para no esperarlos... ¿Cómo habrá podido quedármese esta suma fabulosa en un bolsillo?

—¡Bah! Con eso no hacemos nada. Hay que salir a multiplicarla en cuanto escampe.

—Bueno—asintió Eduardo—; pero en tanto diluvia, déjame divagar en torno a una moneda de diez céntimos. Ya ves: la miramos con desprecio, nos creemos pobres, nos sentimos abatidos, desalentados, cuando de unos fugitivos billetes sólo nos resta en el bolsillo una humilde moneda de cobre... Y sin embargo... Si yo pudiera tener constantemente, sin que me faltase nunca, una moneda de diez céntimos en el bolsillo, me consideraría feliz.

—¡Ah, querido Eduardo! ¿Para qué quería uno más fortuna que, gastando continuamente en lienzos, en pinturas,

en flores, en champán y en mujeres, tener siempre una moneda cualquiera, la ínfima, que se renovase en nuestras manos a cada momento?... Vaidría tanto como si fuésemos millonarios...

—¿Verdad, Anselmo—prosiguió Eduardo, llevando ya su fantasía a las regiones de lo absurdo—, que para hombres como nosotros, artistas de corazón, y no para princesas encantadas y dueñas quintañonas de los cuentos de Perrault, deberían existir aquellas mágicas varitas de maravillosa virtud que nos hicieran todopoderosos?

—Yo—decía Anselmo—me contentaba con la facultad de hacerme invisible. Sería una vida la mía de lo más inquieta y azarosa, pero en extremo divertida. Mas si, como dijo el filósofo, los dioses han muerto, también el Diablo ha abandonado la Tierra para no volver.

—¡Le invocáramos, como Fausto! El haría eterna y prolífica esta moneda en mi escarcela...

—No delires, Eduardote. Los bellos tiempos legendarios pasaron ya definitivamente.

—¡Es verdad! El Diablo fué una bella ficción de los hombres diabólicos cuando en el mundo había hombres que merecieran el dictado de tales... Hoy su valor está en baja.

—Y tanto! A los infelices que llamábamos antes, con miseria, *un buen hombre*, ahora les calificamos despreciativamente: *¡Es un pobre diablo!*

Los dos artistas, simultáneamente invadidos por una misma triste onda de desaliento, sumiéronse en un silencio profundo, lleno de anhelos imposibles, como una noche oscura constelada de lejanas estrellas.

De súbito, una enguantada mano alzó la cortina de la puerta de entrada al taller, y un extraño personaje, impecablemente vestido de etiqueta bajo el hermoso abrigo, apareció ante los camaradas estupefactos. Por su porte, por sus ademanes, por su amable gesto de simpatía comprensiva, se le juzgara uno de esos mundanos... metafóricamente subyugadores, que sirven a los novelistas de prototipo para sus Don Juanes.

—Señores..., perdón por haberme hecho anunciar con rayos y truenos, como en la Edad Media. El mecánico se me ha fugado ayer con una condenada; si no, me hubiera anunciado a vosotros con un bocinazo de automóvil. No me esperabais, pero me evocasteis, nostálgicos, y...—alargando a Anselmo una tarjeta roja, el intruso se presentó—estoy a vuestras órdenes.

—¡Demonio!—exclamó el pintor al leer la cartulina.

—En singular, amigo mío: he venido solo.

## III

Dos días les dió de plazo el Diablo para que estudiasen y admitiesen o rechazaran su proposición los artistas. Por el avance del contrato verbal, éstos encontrarían siempre en cualquier bolsillo de su chaleco un venero inagotable de riquezas..., pero que no fluirían sino en monedas de diez céntimos, una a una; eso sí, traducibles a la moneda equivalente del país en que se hallasen. Cada poseedor debería extraer su dinero por sus propias manos y con la propia maravillosa puesta sobre su propio pecho. El Diablo les brindaba un tesoro absolutamente personal e intransferible. Nada pedía, en cambio, el Señor del Infierno. «Vuestras almas—les había dicho—no me precisan; es ya incalculable el número de las que se alistaron en mis legiones. Ahora trabajo únicamente por vocación. Si queréis, podéis perfeccionar las vuestras y entregarlas como una ofrenda, el día del tránsito, al Señor—mi Enemigo—, si El las cree dignas



de figurar en sus colecciones de almas buenas, cada vez más raras y preciosas.»

El primer día, apenas solos Anselmo y Eduardo, comenzaron a sacarse aforosamente perras de los bolsillos. En dos horas cada uno de ellos logró reunir más de setecientas pesetas... en calderilla. Antes de salir el pintor, previendo los peligros que se les ofrecían, como presuntos monederos falsos, dió instrucciones a su compañero. Por distintos caminos, uno y otro se dedicaron previamente a cambiar por plata y por billetes sus cobres. A las cuatro de la tarde reuniéronse de nuevo y almorzaron. A los postres, Eduardo, ebrio ya y tocado de avaricia, quiso pagar en calderilla. ¡Era tan fácil! ¿A qué cambiar de ganados? Anselmo, más prudente, se opuso. Un momento pensaron en sus amigas, en tertulias, en teatros... Pero en seguida se impuso la reflexión: eran aún pobres y todo lo que no fuese exprimir la ubre demoníaca era perder el tiempo. Volvieron, pues, a casa y continuaron la angustiosa y remuneradora faena. No cenaron. No pudieron dormir... Al alba, después de ocho o diez horas de extracción, cayeron rendidos sobre el mar de monedas de cobre que inundaba el estudio.

Tras un breve descanso agitado, tornaron a su nueva ocupación, aunque Anselmo, por más equilibrado, dominando sus ansias de riquezas, pronto dejó el chaleco para ocuparse, fuera del cambio, de algunas compras precisas, de enviar su cuadro a Bellas Artes, de vivir como antes, en fin. Eduardo prefirió seguir trabajando. Cuando regresó el pintor, trayéndole viandas, un gabán nuevo... fué preciso que Anselmo se le impusiera con todo su carácter para que el escultor abandonara la tarea, repusiera las fuerzas y saliese con él a divertirse, «que bien se lo habían ganado» durante los dos días de prueba.

Ya en la calle—¡estaban hacía tiempo tan ávidos de la buena vida!—, empalmaron la hora del aperitivo con la de la cena, y ésta con las luminosas y perfumadas horas de la juerga...

Al otro día, a la meridiana, se restituyeron al estudio: el Diabolo les había citado para las doce. Cuando entraron se hallaba su protector dando las últimas pinceladas a un lienzo cubista que representaba un satánico desnudo de mujer... hecho en un periquete por el humorista Pedro Botero...

Eduardo signó el pacto. Si al principio, sin ser experto, sacaba de su chaleco más de trescientas cincuenta pesetas en una hora, más adelante podría, con tres o cuatro horas de trabajo, reunir las dos o tres mil pesetas diarias «que un gran artista necesita para vivir su verdadera vida».

Anselmo—a quien aún dolían sus delicadas manos de pintor, no acostumbradas a aquel ejercicio ruin—renunció a las virtudes que el Diabolo quería prestarle a su chaleco.

—Qué sé yo—decía a éste y a su amigo, que parecían no comprender su actitud—; es como... como si en plena juventud, yo que siempre amé la lucha, me acozase, me cubriese de pies a cabeza con una armadura; ¡ese chaleco, a mí, que encuentro el goce de la vida en ir contra ella a pecho descubierto, llegaría a atenazarme, me ahogaría alguna vez, no lo quiero!

Y como Eduardo quisiera persuadirle a que corriese la misma suerte que él, Anselmo terminó:

—De dos días, he perdido uno en sacar el dinero y otro en gastarlo. Esto no me conviene de ninguna manera, porque no me deja tiempo para mi arte, ni la posibilidad aventurera de saborear las conquistas de mi talento, si tengo

alguno. Además..., no me gusta la calderilla.

El Diabolo se resignó, pues, a no favorecer más que a uno de los dos amigos. Sin embargo, como hombre de mundo—y aun de mundos—se despidió con exquisita cortesía de ambos, sonriéndole con admiración a Anselmo. Después de todo, el Diabolo no es en sus tratos con los humanos más que un buen timador por los procedimientos usuales: no tima sino a los buenos que se hacen malos por creerse listos, y a los malos que no tienen talento para cultivar su maldad por cuenta propia. Ningún ser de verdadera inteligencia o de verdadera bondad—que precisa gran inteligencia también—es timado jamás por los hombres o por los demonios. Dios, Juez infinitamente más justo que los jueces de por acá, no sólo desterró de sus estados al Malo, como a un incorregible maestro de la estafa, sino que también condena a penas perpetuas a los que se dejan timar por el Enemigo.



En el nuevo plan de existencia, el pintor dedicaba las mañanas al recuento, el empaquetado y el cambio de las monedas. Las tardes, indefectiblemente, eran para los ejercicios de oposición en Bellas Artes.

Eduardo apenas salía de casa, enfrascado en su nueva pasión. Sólo por las noches, rendidos los brazos, abandonaba el estudio para despejarse un poco en alegres compañías mercenarias de capigorriones y troteras.

Con el dinero—según su ley de atracción—cambió la faz de las cosas humanas para nuestros amigos. Y hasta le surgió al escultor el encargo de un monumento, en una capital castellana, a un político del antiguo régimen. Eduardo no se comprometió a hacerlo: «No merecía la pena convertir a un... adonquín en mármol labrado.» En ocho o diez días sacaba él de su chaleco muchas más pesetas de las que los magnates del partido provincial habían recaudado para el lapidario.

A poco, Anselmo consiguió la beca del Círculo para estudiar en el Extranjero... no obstante haber demostrado más aptitudes de pintor que los demás concursantes a la pensión. Antes de partir renovó a Eduardo sus promesas de los días sin pan y sin tabaco.

—Vente, hombre, ten un arranque—le exhortó—. A mi lado trabajarás menos en el maldito chaleco, y mi vocación estimulará tu talento para que esculpas esas grandes obras que llevas en el meollo...

—No, no puedo. Descubierto el filón, sé que no tendría sosiego para mi arte mientras no me hubiese asegurado una fortuna y una buena renta... ¡Es mucho lo que yo he pasado para que ahora no me resarza con creces!... ¡Sacaré dinero, mucho dinero! Luego, viajaré por España, estudiaré las cabezas de la raza, y después iré a buscarme a Italia o adonde te encuentres. Ahora... ¡es imposible!

Anselmo, con pena por tener que desanudar de pronto una hermandad perfecta de dos años, pero con mucha fe en el esfuerzo que iba a realizar, marchó a Roma, llevando la impresión en el alma, al despedirse del escultor, de que dejaba en Madrid a un condenado...

#### IV

Han pasado dos lustros. A lo largo de esta separación, dos veces contestó Eduardo a los fraternales requerimientos del pintor. «Todavía no puedo», le escribió a Italia. «Ya no puedo», le repuso a París.

Anselmo ha regresado a España. Conoció mundo, ahondó en el arte, amó a la Mujer en las mujeres. Algunos pesares enfebrecieron su frente; pero también sintió sobre ella la caricia fresca del laurel bien ganado. Sufrió y gozó, saboreó la vida. No vuelve pobre ni opulento, sino apto para la hermosa lucha cotidiana del hombre; apto para darle un noble sentido de mesurado esfuerzo a la palabra bíblica: «Bástele a cada día su afán.» Consagró su vida a la belleza y ha hecho una bella obra de su vida. Algunos de los lienzos que pintó durante la ausencia le aseguran que no morirá del todo.

Su primera visita, al llegar a Madrid, ha sido para su antiguo camarada el escultor Eduardo. Vive éste en un espléndido palacio, decorado con la elegancia severa del estilo español. Cuadros, mármoles, tapices, bronce. Suntuosas luces, hieráticos lacayos silenciosos...

El pintor atraviesa amplios salones velazqueños y entra en una cámara de muelle alfombra y rico artesanado donde el señor le espera. Sólo un plebeyo tintineo de calderilla quiebra el grave reposo de la estancia. Junto a un ventanal—de gótica vidriera que tamiza y policroma la claridad diurna—hay un hombre sentado, caído más bien, sobre un sillón de alto espaldar. Una de sus manos saca fatigosamente monedas de cobre, una a una, de un viejísimo chaleco roto, desflechado, grisiento e incoloro; cobres que van cayendo en una arqueta, junto al sillón. Su otra mano, entre las dos de un fámulo, sobre una joya de plata labrada, descansa en la suave maceración de ungüentos aromáticos.

Cuando el escultor va llegar a su amigo intenta incorporarse para salir a su encuentro, para abrazarle. Y no puede: la vida sedentaria le ha hecho obeso, y su obesidad le ha hecho torpe, monstruosamente incapacitado para todo movimiento que no sea el de sacar, sin interrupción, calderilla de su viejo chaleco.

Charlán los antiguos compañeros, en un diálogo lento y difícil. ¡Anselmo le hubiera hablado de tantas cosas!... Pero ahora, al ver a Eduardo, apenas osa aludir a nada que pueda entristecer al escultor recordándole la esclavitud de su riqueza. Es Eduardo, por fin, quien aborda el temido tema de su propia vida...

EDUARDO.—No creas, también yo he sido feliz, pero al principio, cuando te fuiste. El primer año lo pasé consagrado amorosamente a esta misma tarea de hoy. Entonces hice de mi ambición un culto, una pasión mística. Sacaba, sacaba dinero denodadamente, sin fatiga, con entusiasmo, soñando siempre con mi vida futura, proyectando, planeando, en tanto se traducían en duros, en billetes, mis moneditas de diez céntimos.

ANSELMO.—Pero... ¿harías lo que me prometiste? Trabajar cuatro o seis horas en esto, y lo demás del tiempo dedicarlo a vivir, a tu obra...

EDUARDO.—No; al comienzo no quise. «Un gran esfuerzo de uno o dos años—pensé—y luego podré gozarme todo...» «Más tarde, cuando sea el hombre más rico del mundo, podré hacer arte...»

ANSELMO.—¿Y no descansaste nunca?

EDUARDO.—Sí, cuando enfermé. Me tomé una horrible neurastenia, y un amigo mío, médico, me salvó. Tuvieron que maniatarle para que no volviera en algún tiempo a la manía. Entonces me entró un afán loco por disfrutar de mis riquezas. Y—siempre con mi médico, que fué como otro hermano para mí—hice una vida más activa y humana: viajé algo por España; adquirí muebles

suntuosos, telas, obras de arte. Me construí esta casa... ¡Gasté toda mi fortuna, hasta el último céntimo! Tenía un miedo terrible de morir sin haber disfrutado mi dinero. «Si me curo y vivo—me decía—reharé mi capital, con método, con orden, sin extenuarme...»

ANSELMO.—¿Y luego...?

EDUARDO.—Volví a mi galera. Primero, «con método, con orden», como convenía a mi salud. «Trabajaba» por las mañanas únicamente. Y alternaba algo, intentaba divertirme entre amigos y entre mujeres... Sin embargo, pronto la antigua ambición, como un mal incurable, surgió de nuevo con mayores bríos. Empezaron a amargarse todos los placeres; estaba triste, ensimismado, meditabundo en cualquier parte que no fuese en casa extrayendo mis cobres de la mina inagotable. ¡Y torné a encerrarme entre estas paredes! No he vuelto a salir... ¡Ya no puedo!

ANSELMO.—¿Por qué, amigo mío? ¿No eres rico, muy rico?

EDUARDO.—Sí...; pero no puedo. Me siento viejo, agotado... Odio a las gentes... Sufro; pero sufriría más si abandonase mi cadena. Sé que no, que no podría gozar plenamente de nada.

ANSELMO.—¿Y el arte?... ¿No te alienan, no te animan a hacer algo estas estatuas, estos bronce magníficos?... Podrías vivir bien. Tienes un gran gusto, chico. Y estas reproducciones son estupendas.

EDUARDO.—¡Ca!... ¿Praxiteles? ¿Miguel Ángel? ¿Donatello?... ¡Los odio también! Nada, nada de lo que ves aquí refleja mi obra. ¡Magnífico todo, pero... ajeno! Estas creaciones me hablan de otros hombres, de otros artistas que fueron más venturosos que yo, que no murieron del todo porque realizaron su misión. Y yo... ¡Yo me haré rico, un Crespo, y moriré, pasará para siempre sepultado bajo mis riquezas! ¡Otros las tomarán y ya no serán mías! Soy pobre, miserable, porque nací artista y no he hecho arte. Un artista, créeme, no tiene más riquezas propias, inalienables aun después de muerto, que sus obras. Y yo no he hecho nada... Acumular riquezas externas; pero... ¡y la mía! ¿Dónde está mi tesoro?

ANSELMO.—¿En tu trabajo? Tienes mi edad; todavía puedes libertarte de tu chaleco, vivir de lo que tienes, hacer tu obra...

EDUARDO.—... No; ya es tarde, muy tarde. Y... no puedo dejar de sacar siempre, siempre, este dinero que será mi locura, pero que es mi vida...

ANSELMO.—Pero mira, Eduardo, ¿no te basta y aun te sobra con lo ya logrado?

EDUARDO.—Sí; pero para mantener esta tren, para no caer en la miseria, tengo que ganarme la renta diariamente; porque mi dinero es mucho, incontable, pero improductivo; sólo para gastarlo me sirve. Con un mes que me acostumbre a la inactividad pierdo—lo he comprobado—la mitad de mis facultades... ¡Ah, si advino este tormento cuando se nos apareció el Diabolo!...

ANSELMO.—¿Qué? ¿Habías renunciado como yo hice?...

EDUARDO.—¡No!... Le pido que en vez de diez céntimos hubiera sido un duro lo que pudiese sacar de cada vez...

(Hay una larga pausa. El avaro respira fatigosamente. Ha cambiado de mano en su faena. El criado hace sonar un timbre. Otros sirvientes acuden; en silencio, llenan un saco con las monedas últimamente extraídas por el señor y lo arriman a una pared para cambiar su contenido por billetes cuando el señor lo haya contado. El pintor, mirando con tristeza profunda a su amigo, reanuda la conversación.)

ANSELMO.—Diez céntimos, un duro... Aunque te hubiera concedido una onza



de oro, ahora serías un desgraciado. El mal está en tu desatentada ambición y en lo ilimitado de tu posibilidad de conseguir. Como siempre puedes acumular más hasta que mueras, sólo con tu muerte acabará tu afán... ¡Te compadezco, hermano mío!... Llevas razón: ¡eres muy desventurado!

EDUARDO.—Sí; lo soy, porque el Demonio me esclavizó..., porque Dios no me quiso... El Demonio está aquí, Anselmo, en mis entrañas, bajo los bolsillos de mi chaleco... Me ha clavado su garra para siempre. Y Dios... ¡me ha abandonado!

ANSELMO.—No, amigo. El Diablo es lo externo, la coraza que te aprisiona por fuera. ¡Dios sí que está siempre en tu pecho! Pero para que su luz emane de ti en tus obras tendrías que desnudar tu alma del coselete que te oprime, de la ambición, que no es sino miedo a la vida. Los que aman ésta, combaten por ella a pecho descubierto. Los cobardes, los que no la merecen, se escudan—y se ahogan—tras el chaleco del Diablo. Pero todos llevamos a Dios aquí dentro. Todos llevamos su esencia, recatada, honda, pudorosa y esquiva, en lo más íntimo. En unos es el sentimiento del deber; en otros, el del amor, el de la paternidad; el del heroísmo, el del arte... Bajo una u otra forma, es el ansia de la inmortalidad y la fe en alcanzarla lo que Dios nos ha dado como testimonio de nuestro origen. Pero el arte—y el amor y la gloria...—son como las mujeres honradas, que se recatan, que huyen, hasta saber ciertamente que estamos enamorados de ellas, y no se nos entregan sino por amor. Esa partícula divina de eternidad que llevamos en lo más hondo, como un diamante de nuestra mina interior, aparece siempre que se la busca con unción, con entusiasmo,

con fe en nuestro esfuerzo, con espíritu de sacrificio...

Mientras Anselmo habla y declina la tarde, Eduardo, obeso, apoplético, vagoroso la mirada, atento sólo al tintineo de su calderilla, saca del chaleco, una a una, las monedas de cobre. Y su mano callosa, hinchada, deforme, su negra mano de galeote, va del bolsillo roto y grasiento al arcón, casi repleto nuevamente; su mano de artista, que la ambición gangrenó y ennegreció, va y viene, frenética, vertiginosa, incansable, con la celeridad de una máquina; su mano, que pudo hallar la libertad eterna descubriendo a Dios en el arte y sólo encontró al Diablo que la encadenó a la muerte...

Juan G. OLMEDILLA

Ilustración de BARTOLOZZI.

## LIBROS RECIBIDOS

*El cáliz rojo* (novela), por Concha Espina.—La admirable autora de *La esfinge Maragata* y tantas otras obras que constituyen lo más valioso de nuestras letras actuales, cuya formidable novela *El metal de los muertos*, vertida al alemán y al inglés, está obteniendo un éxito de universal resonancia, acaba de publicar un nuevo libro, con el bello título de *El cáliz rojo*. Sin duda alguna esta última novela de Concha Espina es de lo más hondo e intenso que ha producido hasta ahora. *El cáliz rojo* es la historia, desgarradora como un grito, de un corazón de mujer, lleno de llamas eternas, desbordante de amor y de dolor. A través de sus páginas, sobre las que vierte un aroma y una luz incomparables el maravilloso estilo de la autora,

se va siguiendo, con una emoción tan viva y honda que se convierte a menudo en dolorosísima congoja, la tragedia de una vida rota y sangrante, para la que no hay redención ni esperanza. Mas ¡cuánta belleza en esa hoguera inextinguible, que sube de la tierra, desde el cáliz de un corazón de mujer, e incendia las rutas siderales, camino del Infinito!

*A catedral* (novela), por Manuel Ribeiro.—La traducción de esta hermosa novela, original de uno de los más prestigiosos novelistas portugueses contemporáneos, Manuel Ribeiro, hecha con toda pulcritud y ajustado estilo por Francisco de Arce, debe ser considerada como un acontecimiento literario altamente halagüeño. Hora es ya de que la rica literatura portuguesa actual, hermana gemela de la nuestra, se abra paso e influya como es debido en el pensamiento español de nuestros días, por tantas razones llamado a una íntima compenetración con el pueblo portugués, más que vecino, fraterno.

*Del amor, del dolor y del misterio* (poesías), por Emilio Carrère.—Es este volumen, primorosamente editado, una verdadera caja de joyas. Se encierran en ella, como gemas de eterna belleza, las últimas composiciones del primero de los poetas contemporáneos españoles: Emilio Carrère.

*Tres* (novela de pueblo), por Antonio Robles.—Esta novela, admirablemente trazada, de gran interés y escrita con un bello estilo, es un cuadro de la vida provinciana, arrancado de la propia realidad. Esta nueva obra de Antonio Robles, llamada a tener un éxito tan

grande como merecido, significa un avance definitivo en su brillante carrera literaria.

*La romántica aventura* (novela), por Emiliano Ramírez Angel.—Esta novela, laureada por la Biblioteca Patria con el premio «Arga», puede ser considerada como una de las obras más perfectas de su ilustre autor. Llena de interés y de emoción, su lectura cautiva hondamente.

*Preludios*, por Adrián de Loyarte.—Interesante recopilación de estudios sobre historia, literatura y crítica, tan admirables por la vasta cultura que denotan en su autor, como por la originalidad de su pensamiento, que sabe vestir con las más bellas galas literarias.

## EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

### Últimas novedades:

	Pesetas.
JOSÉ FRANCÉS:	
<i>El alma viajera</i> .....	5
HERNÁNDEZ CATÁ:	
<i>Una mala mujer</i> .....	5
PÉREZ DE AYALA:	
<i>Tinieblas en las cumbres</i> .....	5
MARCELA VIEUX:	
<i>La arrepentida</i> .....	5
COLETTE WILLY:	
<i>La casa de Claudina</i> .....	5

EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Pedidos directamente:

«MUNDO LATINO»—APARTADO 502

## CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

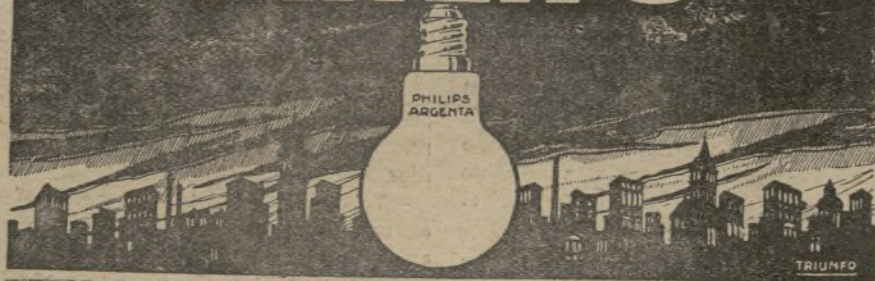
y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.—Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

## ULTIMA NOVEDAD DE PHILIPS



## ARGENTA

Luz más hermosa y más decorativa para el comercio, casinos, particulares, etc

Al por mayor: ADOLFO HIELSCHER, S. A.

Almacén de material eléctrico

MADRID: Calle del Prado, 30.—BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MANUEL LÓPEZ  
FABRICANTE DE MUEBLES

SERRANO, 17  
AYALA, 60

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

BÓVEDA (LUGO)

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS — ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias